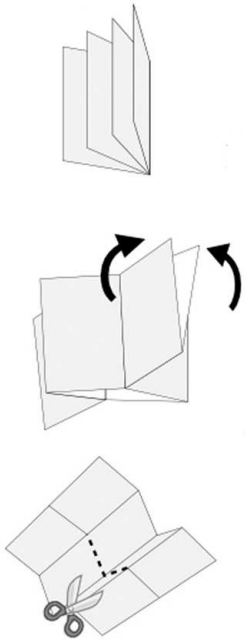

Cazadores y almas

Fátima Mª García Doval

Nanoediciones
http://nanoediciones.com/

Micronarrativa — 010
Abril de 2010

Fátima Mª García Doval

Licencia de Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Unported
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es_CO

Cazadores

Cuando abrió la puerta su aspecto era deplorable: su prominente panza cubierta de migas grasientas, completamente desaseado y portando un número de *Private* atrasado. Ari esbozó una amplia sonrisa, parecía una presa fácil.

Saludó identificándose como la persona que venía a hacerle la oferta más tentadora que jamás hubiese recibido: la nueva televisión por cable, la mejor, la más completa.

Mientras cantaba las alabanzas de su producto el comercial se dio a sí mismo un aire despistado cuando en realidad aprovechaba para analizar a su presa.

Era el segundo vecino que le abría la puerta y lo hizo con un aire de suficiencia y arrogancia que denotaba cuánto disfrutaba aquello de «el cliente siempre tiene razón».

Los más pudientes del edificio vivían dos pisos más abajo. Se lo decía el grosor del felpudo y el aplique de la puerta, diferente a todos los demás excepto al de su presa, quien, tratando de imitarles, había instalado un ostentoso modelo de bazar chino de aire similar. Le dijo que ellos ya lo habían comprado. Su sonrisa picarona al rechazar la oferta le hizo saber que pirateaba la señal.

Gula, pereza, lujuria, soberbia, envidia y codicia. Seis de siete, nada mal. Mientras decía estas palabras abrió su carpeta y puso ante sus narices un «Contrato de cesión eterna de alma» que incluía tantos y tan personales detalles que el cliente dio un respingo.

—Firme aquí con su sangre —dijo Ari con naturalidad.

Aquel hombre montó en cólera y cerró la puerta de un golpe entre blasfemias.

—¡Ah! La ira. Sin duda mi favorita.

No pudo reprimir una sonora risa cuando la firma apareció dibujada con nitidez carmesí sobre el contrato. Tomó el documento y lo guardó en una carpeta que rezaba: «Registro de Almas»; exclamando:

—¡Con ésta van trescientas!

§

Almas

Recostado en su sofá y entregado a los pequeños placeres de la vida sin complejos, Antón repasaba mentalmente el transcurso de los acontecimientos de aquel día insulso mientras finiquitaba un bocadillo de tomate y jamón y certificaba que sus números del *Private* estaban ya más gastados que las piedras de la Plaza Mayor.

—Tampoco es como para comprarlos nuevos, total, para lo que son...

Una sonrisa socarrona acudió a su cara. Al fin y al cabo ¿para qué están los amigos? Qué leñe, la vida son dos días y cuando te descuidas estás criando malvas.

En ese momento sonó el timbre. Se acercó a la puerta sigiloso, sacudiéndose unas migas del bocadillo que engulló y echó un ojo por la mirilla. ¡Ajá! ¡Un vendedor!

—Me encanta que me acaricien el ego —masculló— y ya puestos todo lo demás.

Todo iba según lo previsto, con sus frases típicas, su toque justo de adulación y el dorado de píldora que tan bien caracteriza a esa ralea que mendiga de puerta en puerta contratos de teléfono, televisión e internet; perfeccionado tras décadas de vender enciclopedias.

Sin embargo cuando el tipejo sacó la muestra de contrato, éste contenía todos y cada uno de sus datos personales. ¡El hijo de... ! ¡Maldito *spammer* de felpudo! ¿Cuándo se habría hecho con sus datos personales? ¿*Phishing* o compra a una empresa? ¿Se habrían colado en su ordenador?

Ahora, lo que más le había dolido era el recochineo. «Cesión eterna de alma», encima cachondeito... Le dio literalmente con la puerta en las narices. Se creerá muy gracioso este hijo de satán, bastardo malnacido...

Cuando la retahíla de blasfemias parecía llegar a su fin una risotada llegó desde el otro lado de la puerta. Furioso y desencajado, con un gruñido concluyó:

—¡Te crearás muy listo, pero como tú seiscientos!